

A stylized illustration in shades of green and black. A large, rounded hill dominates the center. To the left, a tree with dark, pointed leaves stands against the hill. A banner with a black and white striped pattern curves across the middle of the hill. The foreground shows a field with small tufts of grass and a honeycomb pattern on the right. The title 'CRONICAS CAMPESINAS' is in a bold, sans-serif font, and 'El Lagarto' is in a larger, bolder font below it.

CRONICAS CAMPESINAS
El Lagarto

por SERAFIN J. GARCIA

ilustró: JOSE RIVERA

Aquel domingo de principios de mayo, aprovechando que el tiempo estaba caluroso y con visos de tormenta, mi amigo Fausto y yo nos fuimos a pescar.

Sentados a la orilla del arroyo, esperábamos pacientemente que algún bagre o alguna tararira se dignaran morder el anzuelo, disfrutando mientras tanto del canto de los pájaros y de la agreste fragancia de los pitagüeros y de los arrayanes.

Subitamente llamó nuestra atención el ruido de un cuerpo que se arrojaba al agua, tras rápida carrera por entre la hojarasca.

—Debe de ser algún lagarto, opinó Fausto, sin poder disimular una sonrisa ante mi expresión de alarma

Poco rato después se repitieron la carrera y la zambullida. Y entonces mi compañero, conocedor admirable de todos los secretos del monte, supo sin moverse de allí lo que estaba aconteciendo.

—¿No te lo dije yo? Ya tenemos en qué entretenernos, muchacho. Ese picaro ha encontrado seguramente alguna lechiguana gorda y se quiere banquetear con la miel. Vamos a tratar de observarlo sin que él se dé cuenta.

Y atando los aparejos a un tronco se deslizó con habilidad felina a través de la fronda montaraz. Yo lo seguía pisándole los talones, asustado y curioso al mismo tiempo.

Se detuvo de pronto, y atrayéndome hacia sí me creteó al oído:

—Allí en la orilla del abra, entre las ramas de aquel mollequito que se ve a la izquierda, está la lechiguana. Escóndete aquí conmigo y no hagas ruido.

Nos ocultamos detrás de un canelón enorme y permanecimos inmóviles, respirando apenas para no delatarnos.

Al cabo de un instante apareció el lagarto. Avanzaba cauteloso, con los oblicuos ojillos fijos en la vivienda gris de las avispas. Cuando la tuvo a su alcance, giró rápidamente sobre sí mismo y le aplicó un certero y fuerte coletazo, abriéndole ancha brecha en la corteza. Perseguido por una nube de insectos iracundos, que pugnaban vanamente por picarle en los ojos —únicos puntos vulnerables al aguijón temible y vengativo— el astuto saurio repitió su fuga buscando la segura protección del agua.

Y así se fueron sucediendo los asaltos, hábilmente espaciados, con el tiempo necesario entre uno y otro para que el enjambre aplacara su legítimo furor.

Hasta que finalmente la lechiguana, desprendiéndose de las ramas del molle a

consecuencia de los recientes impactos, cayó pesadamente al suelo y se rompió en varios pedazos, dejando al descubierto los colmados panales.

Entonces el muy tuno esperó que las avispas abandonaran su deshecha vivienda, para ir luego a regalarse con la dorada y rezumante miel. Pero nosotros, anticipándonos a su propósito, hicimos buen acopio de aquella exquisita golosina silvestre.

—Tenemos que dejarle algún panal a nuestro socio —dijo riendo Fausto—. Se lo merece por su inteligencia.

Y mientras regresábamos a nuestro campamento me contó otras hazañas del lagarto tan astuto, en su opinión, como el mismísimo zorro.

—A ese señorón le gustan mucho los huevos, y se ingenia para robárselos a las aves que anidan en el suelo o en lugares bajos, como por ejemplo la perdiz, el torutero, la gallineta, el dormilón o el ñandú. A los de este último, que son muy duros y grandes, sabes de qué manera los rompe? Los separa del nido y los coloca en fila, a estratégica distancia uno de otro. Después, a la carrera, los empuja con el pecho y los hace chocar entre sí, tantas veces como sea preciso para lograr su objetivo. Igual que si jugara a las bochas, ¿te das cuenta?

Y mientras el bonachón de Fausto reía estrepitosamente viendo mi cara de asombro, yo pensaba admirado en aquel animal de apariencia tan torpe, con fama de haragán por su costumbre de dormir al sol horas enteras, y digno sin embargo de figurar entre los más inteligentes y astutos de toda nuestra fauna.

